Tarot Rider-Waite del amor y las relaciones

Tiradas y preguntas para la pareja, la soltería, la amistad y la familia: lee tus vínculos con claridad, sin adivinar lo que siente el otro

Julian Merebrook

Créditos

Tarot Rider-Waite del amor y las relaciones

Tiradas y preguntas para la pareja, la soltería, la amistad y la familia: lee tus vínculos con claridad, sin adivinar lo que siente el otro

Autor: Julian Merebrook

Serie: Leer el Rider-Waite de verdad · tomo 3

Primera edición, 2026.

Todos los derechos reservados. El texto de este libro, su estructura, sus tiradas y sus ejemplos son obra original del autor y de la editorial. Ninguna parte puede reproducirse, almacenarse ni transmitirse por ningún medio sin permiso previo y por escrito de los titulares, salvo citas breves que indiquen su procedencia.

— Origen de las imágenes —

Las cartas que ilustran este libro pertenecen a la baraja Rider-Waite-Smith, diseño de 1909 de Pamela Colman Smith, reproducida de una edición de dominio público. Los escaneos proceden de Wikimedia Commons (categoría «Rider-Waite-Smith tarot deck») y reproducen la edición original de 1909 de Rider & Co., Londres, que es de dominio público.

— Antes de empezar —

Este libro usa el tarot como herramienta de reflexión y de entretenimiento. Las cartas no predicen el futuro ni informan de lo que otra persona piensa, siente o hará. Sirven para ordenar tus propias preguntas: qué quieres, qué te incomoda, qué puedes decir y qué decides tú. Si de una lectura sacas que «él no te quiere» o que «ella volverá», has leído más de lo que la imagen contiene.

Las tiradas y los ejercicios están pensados para pensar, no para diagnosticar ni tratar nada. El libro no sustituye a médicos, psicólogos, abogados ni asesores financieros, ni la ayuda de profesionales o de servicios de emergencia. Si tu duda afecta a tu salud, a una custodia, a un contrato de alquiler compartido o a una deuda en común, consulta con quien ejerce esa profesión. Una carta no puede hacerlo por ti.

Si en tu relación hay miedo, amenazas, control o violencia, o si atraviesas un malestar que te impide funcionar con normalidad, no esperes a una tirada. Habla con una persona de confianza y acude a los servicios de ayuda de tu país. Una lectura puede esperar; pedir ayuda, no.

Los casos prácticos del libro son ficticios y se presentan como ejemplos. Cualquier parecido con personas reales es coincidencia. Lo que hagas con lo que leas es decisión y responsabilidad tuyas: ni el autor ni la editorial responden de las decisiones tomadas a partir de una lectura.

Índice

Antes de empezar

Introducción 5

Parte I · Antes de preguntar 14

1 · Qué puede preguntar una lectura afectiva . 15
2 · Deseo y expectativas 27
3 · Estar sin pareja 39
4 · Conocer a alguien sin inventarlo 49

Parte II · Hablar, dar y acordar 62

5 · Conversaciones que faltan 63
6 · Reciprocidad 75
7 · Acuerdos y límites 87
8 · Intimidad con consentimiento 99

Parte III · Cuando algo pesa 111

9 · Diferencias de etapa 112
10 · Celos e incertidumbre 124
11 · Amistad y pertenencia 136
12 · Familia y espacio personal 148

Parte IV · Cambios y cierres 161

13 · Cuando cambia un vínculo 162
14 · Separación y cierre 172
15 · Dos relatos y un desacuerdo 184
16 · Consultar sin depender 197

Parte V · Las 78 cartas como preguntas sobre vínculos 211

17 · Los arcanos mayores 212
18 · Repertorio: Bastos 237
19 · Repertorio: Copas 253
20 · Repertorio: Espadas 269
21 · Repertorio: Oros 284

Para consultar

Cuando hace falta una persona 299
Glosario 302
Índice de cartas 306
Para seguir leyendo 307

Introducción

Este libro usa el tarot en los vínculos para una cosa concreta: pensar lo que tú vives, lo que has visto y lo que puedes decir o decidir. No sirve para averiguar qué pasa dentro de otra persona. Aquí tienes qué puede dar una lectura afectiva y qué no, cómo está construido el libro y cómo se convierte una pregunta ansiosa en otra con la que se pueda trabajar.

Al terminar esta introducción podrás

- distinguir lo que una lectura afectiva puede ofrecer de lo que no puede ofrecer;
- clasificar cualquier afirmación sobre otra persona como «se ve», «se infiere» o «no consta»;
- orientarte entre las dieciséis situaciones con tirada y el repertorio de 78 cartas;
- reformular una pregunta sobre la mente de otro como una pregunta sobre tu experiencia;
- leer «izquierda» y «derecha» tal como las ves en la carta.

— Lo que una lectura afectiva puede hacer —

Casi todo el que abre un libro de tarot del amor trae una pregunta con un nombre propio dentro. ¿Me quiere? ¿Va a escribir? ¿Es sincero conmigo? Es lo esperable. Los vínculos son el terreno donde más cosas importan y menos se controlan, y esa incertidumbre busca una salida. El tarot amoroso comercial lo sabe y vende la salida: «vuelve en tres días», «hay una tercera persona», «te propondrá algo antes de la luna nueva». La vende con la seguridad de quien despacha un seguro de coche, aunque con bastante menos letra pequeña. Este libro no la vende. Te explico por qué antes de nada, porque la razón es práctica y no moral.

Una carta del Rider-Waite es una imagen dibujada hace más de un siglo, con un diseño de 1909. No sabe nada de ti y menos aún de la persona que te preocupa. Lo único que contiene es lo que se ve en ella: figuras, objetos, gestos, colores. Todo lo demás lo pones tú al mirar. Eso no la vuelve inútil. La vuelve muy buena para algo concreto: te obliga a decir en voz alta lo que ya pensabas sin darte cuenta. Si una carta te inquieta o te consuela, esa reacción es un dato, y es tuyo.

De ahí sale lo que una lectura afectiva sí puede hacer. Puede ayudarte a ordenar lo que vives, separando lo que ha pasado de lo que temes que pase. Puede sacar a la luz lo que supones sin haberlo comprobado. Sirve para preparar una conversación que

llevas semanas aplazando, y para distinguir lo que depende de ti de lo que no. Y a veces te deja con un paso pequeño y decidible: escribir un mensaje, pedir una tarde, cerrar una puerta, dejarla entornada. Todo eso se apoya en tu experiencia y en lo que la otra persona ha dicho o hecho de verdad.

Lo que no puede hacer es lo que más se le pide. No puede decirte qué siente o qué piensa otra persona, ni si te es fiel, ni si habrá un embarazo, ni si alguien regresará, ni cuándo. No lo prohíbo por escrúpulo. Es que no hay mecanismo: la carta no está conectada con nadie. Además, a veces ni la propia persona sabe lo que siente. Pedirle a un dibujo que lo sepa es pedirle más de lo que tiene quien dispone de la mejor información del mundo sobre el asunto.

Hay una razón más práctica todavía. Cuando tomas por hecho lo que «dice» una carta sobre otro, actúas como si lo supieras. Imagina a alguien que, tras una tirada, concluye que a la otra persona «ya no le importa» y deja de escribirle. La otra persona llevaba días esperando una señal. La lectura no ha descubierto nada: ha fabricado una certeza falsa y ha cambiado una conducta real. Con las cartas sobre la mesa y una conversación pendiente, lo sensato es leer la tirada y luego hablar con la persona.

— Se ve, se infiere, no consta —

En los cuatro tomos de esta serie uso la misma escala para cualquier afirmación sobre una carta. Hay tres grados. «Se ve» es lo que está en la imagen, y cualquiera que la mire con calma lo comprueba. «Se infiere» es lo que concluyes razonablemente de lo que se ve, siempre como hipótesis y con tu nombre encima. «No consta» es lo que ni la imagen ni la tradición permiten afirmar. Cada razonamiento termina con la misma pregunta: ¿qué hay en la carta que sostenga esto?

Mira el Dos de Copas, que tienes un poco más abajo en este mismo capítulo. Se ve que hay dos figuras de pie, de perfil y enfrentadas. Cada una sostiene una copa dorada y las dos copas se juntan en el centro. Sobre ellas flota un caduceo, con dos serpientes enroscadas en una vara, rematado por una cabeza de león con alas rojas. Al fondo hay colinas verdes y una casa de tejado rojo. Se infiere que la escena habla de un intercambio o un pacto, porque las copas se tocan y las figuras se miran. Eso es una lectura razonable, pero es una lectura. No consta qué siente cada figura, si lo que une las copas es amor, cortesía o negocio, ni si mañana seguirán juntas. La imagen no lo dice.

Ahora lleva la escala a una persona real. Alguien no ha contestado a tu mensaje desde el martes. Se ve que han pasado dos días sin respuesta. Se infiere, si quieres, que está ocupada, o que duda, o que no le apetece; son tres hipótesis y ninguna es un hecho. No consta por qué no ha contestado, ni qué siente, ni qué hará. La escala no te prohíbe sospechar. Te pide que sepas cuándo estás sospechando.

Grado	En la carta	En la persona que te preocupa
Se ve	Dos figuras de pie, enfrentadas, unen sus copas	Ha cancelado dos citas; no ha respondido desde el martes
Se infiere	Hay un gesto de pacto o de intercambio	Quizá está desbordada, quizá duda; son hipótesis tuyas
No consta	Qué siente cada figura y cuánto durará el gesto	Por qué lo hizo, qué siente y qué hará

En este tomo, «no consta» casi siempre es lo que piensa o siente la otra persona. Cuando una pregunta tuya cae en esa tercera fila, la lectura no ha fracasado. La pregunta tiene dirección, y el destinatario no es la carta. Lo que hacemos en el resto del libro es devolverla a la persona que puede contestarla, que a veces eres tú y a veces es otra. Si es otra, la respuesta se obtiene hablando con ella y no leyéndole la mente.

— Cómo está hecho el libro —

El libro tiene cinco partes. Las cuatro primeras reúnen dieciséis situaciones, una por capítulo, y cada situación trae su propia tirada de cuatro cartas. La quinta es el repertorio de las 78 cartas del Rider-Waite, leídas como preguntas sobre vínculos. Las situaciones están agrupadas por lo que se hace en ellas.

La Parte I, «Antes de preguntar», va del capítulo 1 al 4. Trata de qué se puede preguntar, del deseo y las expectativas, de estar sin pareja y de conocer a alguien sin inventarlo. La Parte II, «Hablar, dar y acordar», va del 5 al 8: conversaciones que faltan, reciprocidad, acuerdos y límites, intimidad con consentimiento. La Parte III, «Cuando algo pesa», cubre del 9 al 12 las diferencias de etapa, los celos y la incertidumbre, la amistad y la pertenencia, y la familia con su espacio personal. La Parte IV, «Cambios y cierres», cubre del 13 al 16 los cambios en un vínculo, la separación, los desacuerdos entre dos relatos y el hábito de consultar sin depender.

Todos los capítulos siguen el mismo orden. Primero aparece la tirada, con sus cuatro cartas en fila y el nombre de cada posición. Te explico por qué cada posición

está formulada como está, y casi siempre la formulación evita preguntar por la mente de otro. Una posición dice «lo que supongo», no «lo que piensa»; dice «mi petición», no «lo que quiere». Después vienen dos casos ficticios, A y B, con la misma tirada y las mismas cartas. Los casos difieren en un solo dato, por ejemplo que una persona dijo lo que quería y la otra lo suponía sin decirlo. Leo la tirada para los dos y verás cómo ese único dato cambia la lectura sin que cambie una sola carta. Los casos son inventados y los presento como ejemplos, no como historias de nadie.

Cada capítulo incluye además una tabla con preguntas invasivas, su reformulación y el dato que sigue faltando incluso después de reformular. Contiene dos ejercicios cortos: en el A reformulas una pregunta sobre la mente de otra persona, y en el B comparas los dos casos y señalas qué dato cambia la lectura. Al final del capítulo tienes un criterio de corrección. También hay una caja titulada «Lo que no podemos saber», dedicada al límite de privacidad o de certeza propio de ese tema. La intimidad se trata en estas páginas como conversación y consentimiento, no como escena.

La Parte V ocupa más espacio que cualquier otra y funciona como consulta. Recoge las 22 cartas de los arcanos mayores y las 56 de los cuatro palos, cada una en una página con su imagen. La ficha tiene seis apartados. «La escena» describe lo que se ve. «Qué pregunta abre» explica por qué esa escena toca los vínculos. «Tu pregunta abierta» te propone una pregunta sobre tu propia experiencia, con un ejemplo de pareja o soltería y otro de amistad o familia. «Lo que no permite saber» marca el límite de la carta respecto a otra persona. «Junto a otras dos» muestra cómo cambia en compañía, y «Palabras» da cinco o seis términos de apoyo. Las cartas sin pareja ni corazón sirven también: un Cuatro de Oros o un Nueve de Espadas abren preguntas sobre vínculos sin forzar el romanticismo. Al final hay cuatro apéndices: cuándo una pregunta necesita a una persona y no a una carta, un glosario, un índice de cartas y la bibliografía.

Puedes leerlo en orden o por necesidad. Si no lo has hecho nunca, empieza por el capítulo 1, que fija el método, y luego salta al capítulo que se parezca más a tu situación. Si una carta concreta te ha salido en una tirada ajena a este libro, ve a la Parte V y lee su ficha. Las tiradas son propias de este libro y puedes usarlas con cualquier mazo Rider-Waite.

— Cómo se usa una tirada —

El método es el mismo en las dieciséis. Escribe la pregunta antes de barajar, con tus palabras y sin corregirla. Baraja como acostumbres y coloca cuatro cartas en fila, de

izquierda a derecha, con la primera a tu izquierda según miras la mesa. Después, carta por carta, haz tres cosas en voz alta o por escrito: di lo que se ve, di lo que infieres y marca con claridad lo que no consta. Solo al final, con las cuatro lecturas delante, redacta una frase que empiece por «yo»: «yo quiero», «yo he visto», «yo voy a preguntar».

Apuntar importa más de lo que parece. Una lectura que solo existe en la cabeza se transforma sin que lo notes, y a las tres horas «la carta me dijo» ha sustituido a «yo pensé». Si la escribes, puedes releerla una semana después y comprobar qué parte aguantó el paso del tiempo y cuál era puro nerviosismo del momento.

Error frecuente

Usar una tirada para demostrar algo ya decidido. Si empiezas con «quiero que salga que no me engaña» o con «seguro que me quiere», cada carta se leerá a favor de esa tesis y la tirada no te habrá dado información. Antes de empezar, pregúntate qué respuesta temes y qué respuesta deseas. Si las dos te asustan igual, probablemente la pregunta está bien puesta.

— Cómo se reformula una pregunta —

Una pregunta invasiva es la que pide a las cartas información sobre la mente de otra persona. No es una pregunta tonta ni vergonzosa. Es la que más sale, y suele esconder una pregunta legítima que se puede contestar. Reformular consiste en encontrarla.

Tomemos la más frecuente de todas: «¿volverá mi ex?». Es una buena candidata porque junta tres supuestos en cuatro palabras. Supone que el regreso depende de la otra persona, que tú quieres que ocurra y que hay un «cuando» escondido. Primero separa lo que se ve: la relación terminó, hace un tiempo concreto, de una manera concreta. Después separa lo que infieres: quizá ha dado señales, quizá tú las lees así porque lo deseas. Y reconoce lo que no consta: si esa persona quiere volver, si piensa en ti, qué haría si se lo propusieras.

Con eso hecho, la pregunta se puede mover hacia ti. En lugar de «¿volverá?», prueba «¿qué quiero yo de esta historia ahora que ha terminado?». O bien «¿qué me lleva a mirar el teléfono cada pocas horas?». O bien «si quiero decirle algo, ¿qué es, y qué haría yo con su respuesta, sea cual sea?». Esas tres preguntas tienen algo en común: pueden responderse hoy, con lo que sabes de ti. La otra persona, sin embargo, sigue siendo la única que puede decir qué quiere ella. Si de la reformulación sale que tú quieres hablar, la carta no te dirá cómo reaccionará, pero te habrá ayudado a decidir si escribes, qué y cuándo. Del regreso mismo ninguna carta puede informarte: ese dato sigue faltando.

Fíjate en que reformular no pide renunciar al deseo. Querer que alguien vuelva es legítimo y tiene derecho a aparecer en la lectura. Lo que se evita es convertir ese deseo en un dato sobre el otro. La tabla siguiente recoge tres ejemplos más, de los que usaremos de forma parecida en los capítulos.

Pregunta invasiva	Reformulación propia	Dato que sigue faltando
¿Me es fiel?	¿Qué necesito para sentirme tranquila en esta relación, y se lo he dicho con claridad?	Lo que la otra persona hace o deja de hacer cuando no estoy
¿Piensa en mí?	¿Qué espacio ocupa esta persona en mis días, y es el que quiero que ocupe?	Lo que ocupa en la cabeza de ella
¿Mi amigo está enfadado?	¿Qué ha cambiado desde la última vez que nos vimos, y qué podría preguntarle sin acusarlo?	Si de verdad está enfadado, y por qué

En cada fila, la pregunta que queda es sobre lo que puedes observar, decir o decidir. Si en algún momento una reformulación te deja con ganas de golpear la mesa, sigue sin ser buena: probablemente todavía contiene un supuesto sobre otro. Prueba a quitar el verbo «querer», «sentir» o «pensar» aplicado a la tercera persona y fíjate en qué queda.

Pruébalo

Escribe una pregunta que ahora mismo te ronde, tal como te sale. Subraya cada verbo. Si el sujeto de «sentir», «pensar», «querer» o «hacer» es otra persona, escribe al lado de la pregunta tres líneas: qué se ve, qué infieres y qué no consta. Después reescribe la pregunta con un verbo cuyo sujeto seas tú: «noto», «necesito», «voy a decir», «decido». Guarda las dos versiones; en el capítulo 1 las volverás a necesitar.

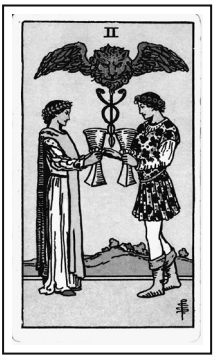
— Izquierda y derecha —

Una regla técnica que no admite excepciones: en todo el libro, «izquierda» y «derecha» se dicen según mira el lector la carta. Es decir, según tú la ves sobre la mesa. Nunca son la izquierda o la derecha de la figura dibujada, que es justo lo contrario y causa errores muy fáciles de cometer. Cuando una figura «mira hacia la

derecha», quiero decir que, desde tu posición, su mirada va hacia el borde derecho de la carta.

Lo mismo vale para las posiciones de las tiradas. La posición 1 es la de la izquierda, la 4 la de la derecha. Lo practicamos con las dos cartas de abajo.

Izquierda y derecha, según mira el lector



Dos de Copas



Los Enamorados

En las dos cartas, izquierda y derecha son las que ves tú: en el Dos de Copas, la figura con corona de laurel está a la izquierda; en Los Enamorados, la figura de la izquierda mira hacia arriba.

En el Dos de Copas, la figura de la izquierda lleva una corona de laurel y una capa azul sobre un vestido blanco, y mira hacia la derecha. La figura de la derecha lleva una corona de flores rojas y una túnica de motivos negros y amarillos, y mira hacia la izquierda. Ambas están de perfil y enfrentadas. En Los Enamorados, la figura de la izquierda, junto a un árbol con una serpiente enroscada, mira hacia arriba, hacia el ángel de alas rojas que ocupa el centro superior. La figura de la derecha, junto a un árbol con llamas, mira hacia la figura de la izquierda. Si lees esto con la carta delante y alguna dirección no coincide, avisa al editor: es exactamente el tipo de error que los lectores nos han señalado en otros libros, y se corrige.

— Las figuras no tienen sexo, edad ni parentesco obligatorios —

Las cartas dibujan personas, pero lo que ves en ellas son figuras. En este libro no leo la figura de la izquierda como «la mujer» ni la de la derecha como «el hombre», aunque la tradición lo haya hecho durante generaciones y aunque en alguna carta se vean cuerpos que apuntan a esa lectura. Hablo de «la figura de la izquierda», de «la figura de la derecha» o de «una de las dos». La razón es sencilla: tú no necesitas que

la carta se parezca a tu relación para que te sirva. Una pareja de dos mujeres, de dos hombres, de una persona y otra, de tres personas que se cuidan entre sí, o una persona sola con un vínculo que no es de pareja, pueden leerse con las mismas cartas.

Lo mismo con la edad y el parentesco. Una carta con varias figuras reunidas no obliga a ver una familia, ni una figura de pelo blanco obliga a ver un padre, ni dos figuras que se miran obligan a ver una pareja. Pueden ser dos amigas, dos hermanos, una persona y su propio recuerdo, o dos partes de ti misma que discuten. La lectura sale de la pregunta que traes y no de una convención sobre quién es quién. Cuando una carta muestra cuerpos desnudos, como Los Enamorados, los describo con la misma naturalidad con que describiría una túnica: es lo que hay dibujado.

Este tomo está escrito para cualquier orientación y cualquier forma de vida: parejas de todo tipo, personas que han elegido estar solas, quienes salen con alguien, quienes cuidan de un familiar, quienes sufren un distanciamiento con una amistad. Ninguna se trata como la norma y ninguna como excepción.

— Descargo —

El tarot, en este libro, es una herramienta de reflexión y de entretenimiento. No predice el futuro, no revela lo que siente nadie y no sustituye la opinión de un profesional. Nada de lo escrito aquí es un consejo médico, legal, psicológico o financiero, y las cartas «sugieren» y «invitan a preguntarse»; no ordenan ni sentencian. Si atraviesas una situación que afecta a tu salud, a tu seguridad, a tu economía o a tus derechos, consulta con la persona o el servicio adecuado de tu país. Y si hay violencia, amenaza o miedo, no es una pregunta para las cartas: el apéndice 91 explica cómo reconocer ese momento y a quién se acude en general, sin dar teléfonos concretos, porque cambian de un país a otro.

El libro tampoco es terapia de pareja ni un manual de atracción. No hay hechizos, no hay «almas gemelas» y no hay promesas de que alguien volverá, llamará o cambiará. Si lo que buscas es eso, quedarás defraudado, y quizá te alivie saber por qué. Si lo que buscas es leer con más claridad lo que ya vives, sigue.

Una última advertencia sobre el uso con otras personas. Si estás leyendo estas páginas para hacer una tirada a una amiga, a un familiar o a un cliente, este tomo te da herramientas de pregunta, pero no cómo conducir esa sesión. Eso corresponde al cuarto tomo, que te cito justo debajo.

— Los cuatro tomos de la serie —

Este libro es el tercero de *Leer el Rider-Waite de verdad*. Cada tomo se puede leer solo, pero sí comparten el método de la escala de tres grados. Los cuatro, en una línea cada uno:

1. *Cómo leer el tarot Rider-Waite*: el método general para pasar de la imagen a la lectura de una tirada.
2. *El lenguaje secreto de los símbolos del Rider-Waite*: un atlas de los símbolos que se repiten en la baraja y de lo que sostienen.
3. *Tarot Rider-Waite del amor y las relaciones*: este libro, con tiradas y preguntas para la pareja, la soltería, la amistad y la familia.
4. *Leer el tarot Rider-Waite para otros*: cómo llevar una sesión con otra persona, con sus límites y su ética.

Ahora, con el método a mano, empieza por el capítulo 1. Lo primero que verás en él es una tirada de cuatro cartas cuya primera posición lleva por nombre «Mi experiencia». No es casualidad: es el punto desde el que todo lo demás puede leerse sin inventar nada.

Si prefieres un recorrido con calendario, aquí tienes uno de cuatro semanas. No es un curso ni una obligación: solo una manera de que el método se asiente sin saturarte.

La primera semana, la introducción y el capítulo 1: haz esa tirada una vez, termina con tu frase en «yo» y no tomes ninguna decisión a partir de ella. La segunda, el capítulo que más se parezca a lo que vives; lee sus dos casos antes de hacer tu propia tirada y termina con la frase que empieza por «yo». La tercera, vuelve sobre esa frase y separa, con la escala de tres grados, lo que era un hecho, lo que era una inferencia y lo que sigue sin respuesta. La cuarta, abre el repertorio y lee solo las fichas de las cartas que más han salido, con tus hojas al lado.

Si una semana se te queda corta, repítela. Aquí nadie pasa lista.

Lleva siempre a mano lápiz y papel: las cuatro semanas rinden más si lo que escribes se puede releer, y la memoria, con el paso de los días, tiende a arreglar el relato a su favor.

Parte I

◆ Antes de preguntar ◆

Capítulo 1

Qué puede preguntar una lectura afectiva

Una tirada sobre vínculos da de sí cuando la pregunta tiene dueño, y ese dueño eres tú. Este capítulo separa lo que puedes mirar con las cartas (tu experiencia, tus suposiciones, los datos que te faltan, tu decisión) de lo que ninguna carta te va a entregar: lo que piensa o siente otra persona. Aprenderás a reformular y empezarás con una tirada de cuatro cartas que volverás a usar a lo largo del libro.

Al terminar este capítulo podrás

- distinguir una pregunta sobre tu experiencia de una pregunta sobre la mente de otra persona;
- aplicar a una situación afectiva la escala de tres grados: se ve, se infiere, no consta;
- reformular preguntas del tipo «¿qué siente X por mí?» en preguntas que sí tienen respuesta posible;
- leer la tirada «Qué preguntar» con el Dos de Copas, la Sacerdotisa, la Justicia y el Ermitaño;
- comprobar con dos casos cómo cambia una misma lectura cuando el asunto de la pregunta pasa de ti a alguien que no está.

— Tu ámbito y el ajeno —

Toda pregunta afectiva tiene un territorio. El tuyo comprende lo que has vivido, lo que has sentido, lo que has dicho y callado, lo que quieres, lo que no estás dispuesto a aceptar y lo que puedes hacer a partir de mañana. El ajeno comprende lo que otra persona piensa, siente, desea, esconde o hará. Casi todo el mundo empieza por el segundo, porque es el que más inquieta y, por una ironía de diseño que nadie eligió, el que menos se puede comprobar desde fuera.

Una lectura de tarot funciona razonablemente bien en el primer territorio. Allí hay material de sobra: tus recuerdos, tus incomodidades, tus deseos a medio formular, las decisiones que llevas semanas aplazando. Las cartas no te cuentan nada de eso que tú no supieras ya; lo que hacen es ponerlo en una mesa y obligarte a

mirarlo con un orden distinto. En el segundo territorio, en cambio, la lectura trabaja sin materia prima. Lo que pasa por la cabeza de otra persona no está en las cartas, ni en tu baraja, ni en ti. Está, con suerte, en esa persona, y solo ella puede sacarlo.

Para no mezclar los dos territorios sin darte cuenta conviene usar la escala de tres grados que ya conoces: *se ve*, *se infiere*, *no consta*. Entrena primero con una carta, porque ahí no hay nadie a quien hacerle daño. Abre el Dos de Copas y mira lo que hay. Dos figuras de pie, de perfil, una frente a otra. La que está a la izquierda del lector (en este libro, izquierda y derecha son siempre las de quien mira la carta) lleva corona de laurel, una capa azul abierta y un vestido largo y blanco; la de la derecha lleva una corona de flores rojas y una túnica corta con dibujos oscuros sobre fondo amarillo, medias amarillas y botas. Cada una sostiene una copa dorada, y las dos copas se tocan en el centro. Encima, en el eje de la carta, hay un bastón rematado por dos serpientes enroscadas y, sobre él, una cabeza de león con alas rojas desplegadas. Al fondo, una colina verde y una casa pequeña de tejado rojo. Ninguna de las dos figuras mira al lector.

Hasta aquí, lo que *se ve*. Ahora lo que *se infiere*: que hay un gesto de intercambio, de reciprocidad o de pacto, porque dos copas que se juntan lo sugieren con fuerza. Es una inferencia razonable, pero es una inferencia; las mismas dos copas podrían estar sellando un brindis, un trato o una despedida cortés. Y lo que *no consta* es casi todo lo que querría saber alguien que llega con una pregunta amorosa: qué sienten esas dos figuras, desde cuándo se conocen, si lo que se ofrecen es amor, amistad, respeto o conveniencia, y qué ocurre en cuanto termine el gesto. Ni siquiera consta que sean una pareja. Tampoco consta, y la carta no lo dice, el sexo de ninguna de las dos.

Si ya con la carta más «amorosa» de la baraja el balance es de unos pocos hechos, una inferencia prudente y un buen montón de cosas que no constan, conviene tomárselo en serio cuando la pregunta es sobre una persona de carne y hueso. Traslada la escala a una situación cualquiera. Alguien te ha escrito tres mensajes y tú has contestado dos: eso *se ve*, puedes contarlo. Te da la impresión de que se aburre: eso *se infiere*, a partir de la brevedad de sus respuestas y de tu propio cansancio. Está perdiendo el interés: eso *no consta*, salvo que lo diga o que haga algo inequívoco, y aun entonces consta su conducta, no su interior.

Puedes recorrer la distinción de otra forma, preguntándote de quién es el verbo. Si el sujeto del verbo eres tú («¿qué quiero?», «¿qué me incomoda?», «¿qué voy a pedir?»), la pregunta cae en tu ámbito y la lectura tiene dónde apoyarse. Si el sujeto es otro («¿qué piensa?», «¿qué siente?», «¿qué va a hacer?»), la pregunta cae en el ajeno y, antes de abrir la baraja, necesita una mudanza. En la sección final del capítulo

se hace paso a paso, pero la idea es tan simple que cabe en una línea: cambia el sujeto o cambia el verbo.

Pertenecen a tu ámbito, entre otras cosas:

- lo que has observado en la conducta de la otra persona (hechos: llegó tarde, no contestó, propuso un plan);
- lo que has sentido tú al observarlo;
- lo que has supuesto para explicártelo, siempre que lo marques como suposición;
- lo que quieres, necesitas o no toleras;
- lo que puedes pedir, ofrecer, aplazar o dejar.

Pertenecen al ámbito ajeno los motivos, los sentimientos, los planes no comunicados y las comparaciones que la otra persona hace en su cabeza. Los motivos de alguien son una hipótesis tuya hasta que él o ella los cuenta; el resto del tomo está construido sobre ese reparto. ¿Qué hay en la carta que sostenga lo contrario? Mira el Dos de Copas otra vez: nada.

— El tercero que no está —

Una lectura afectiva casi siempre tiene un tercero. A veces es la pareja, a veces la persona que te gusta, a veces un ex, una suegra, una amiga que ha dejado de llamar. Lo que comparten todos es que no están en la mesa. No han consentido que se mire su vida con unas cartas, no pueden corregir lo que se dice de ellos y no tienen manera de explicar un malentendido. Ese solo hecho ya impone un estilo de trabajo: se les trata con cierta cautela, igual que se haría con alguien que no puede contestar en una cena.

Hay además una razón de método, más prosaica. Con respecto a una persona ausente, lo que tienes en la cabeza es una versión: la que has ido construyendo con lo que viste, lo que te contaron y lo que temes. El tercero de tu lectura no es la persona; es ese retrato. Pedirle a las cartas que confirmen el retrato produce un resultado casi garantizado, porque cualquier carta se deja leer en favor de lo que ya piensas. Quien teme que lo han dejado de querer ve en el Ermitaño un abandono; quien espera una reconciliación ve en la misma carta una pausa necesaria. La carta es la misma. La imagen no ha cambiado ni un trazo.

Aquí es donde el tarot amoroso comercial se despeña con una constancia admirable. Promete que alguien «volverá en tres días», que otra persona «está pensando en ti ahora mismo», que una tercera «no te ha olvidado». Todas son

afirmaciones sobre la mente de un tercero con fecha incluida. Tienen la ventaja de que nunca se revisan: si la persona no vuelve, «el universo estaba cambiando sus planes»; si vuelve, la adivina tenía razón. No hay modo de perder, y por eso mismo no hay modo de aprender nada. Con el criterio de este libro, una lectura que no puede equivocarse tampoco ha dicho nada.

Merece la pena fijarse en la Sacerdotisa, porque aparecerá en la tirada de este capítulo. Es una figura sentada, de frente, que sí mira al lector, entre dos columnas: la de la izquierda es negra y lleva una «B»; la de la derecha es clara, casi gris, y lleva una «J». Sobre la cabeza lleva un tocado con un disco entre dos medias lunas; el manto es azul claro y sobre el pecho se ve una cruz blanca. En el regazo tiene un rollo con letras («TORA»), que el manto tapa en parte; a sus pies, una luna creciente amarilla. Detrás cuelga un tapiz con granadas y palmas. Lo que importa a nuestro propósito es el rollo: está escrito, está en sus manos, y no se puede leer entero. La carta muestra, con una precisión que no se encuentra todos los días, la situación del que pregunta por un tercero: hay algo escrito, existe, y una parte queda a cubierto.

Conviene no pasarse de listo con esa lectura. La carta no dice que el rollo contenga un secreto de la otra persona, ni que la otra persona oculte nada. Dice, como mucho, que una parte del texto no está a la vista. Lo que tú puedes hacer con esa imagen es marcar, en la posición que le corresponde, aquello que estás suponiendo, y recordarte que es una suposición con huecos.

Tampoco es cuestión de volverse sordo a lo que ves del otro. Si la persona ausente hizo algo, lo hizo: eso es un dato y cuenta como tal. Si te dijo algo, lo dijo. Lo que queda fuera es la interpretación de por qué, y la anticipación de qué sentirá o hará después. Hacerle una pregunta a la baraja sobre la conducta pasada de alguien («¿qué ha pasado entre nosotros desde marzo?») sigue siendo trabajo con tu ámbito: tú estuviste. Preguntar qué pensaba mientras lo hacía, no.

Si resulta que lees para otra persona, el asunto se complica y tiene su propio tomo, el cuarto de la serie. Aquí te ocupas de tus asuntos.

— La certeza que no hay —

Parte de la prisa por saber lo que siente el otro viene de que la incertidumbre en el terreno afectivo resulta incómoda de una manera física. Se duerme mal, se mira el móvil, se repasan conversaciones. En ese estado, una carta que diga «sí» o «no» ofrece un alivio inmediato, y de ahí la tentación de pedirle certezas.

Pero esa certeza no existe en las cartas, y fingirla trae un precio. Si te dicen con aplomo que alguien siente lo que tú esperas y no es así, tomas decisiones sobre una ficción: escribes un mensaje que no debías, esperas lo que no llega, descuidas lo que sí tenías. Si te dicen con aplomo que no siente nada y es falso, te cierras una conversación que tal vez era posible. Si acierta por azar, no sabes por qué ha acertado ni cuánto crédito darle la próxima vez. En los tres casos has pagado en tu vida real por una certeza de fantasía.

Hay una prueba de refutación sencilla para saber si una pregunta pide certeza o pide reflexión. Antes de tirar las cartas, pregúntate: «Si la lectura me dijera lo contrario de lo que espero, ¿haría yo algo distinto?» Si la respuesta es «no, haría lo mismo», la pregunta no estaba pidiendo información, estaba pidiendo compañía, y quizá sea mejor tomarse un té con alguien que baraja y reparte. Si la respuesta es «sí, cambiaría esto o aquello», entonces la pregunta tiene consecuencias, y hay que cuidar mucho cómo se formula.

Distingue además tres tipos de incertidumbre, porque no pesan lo mismo:

- La incertidumbre sobre ti: no sabes bien qué quieres, qué toleras, qué sientes. Es la que más se deja trabajar con cartas, porque el material es tuyo.
- La incertidumbre sobre lo que sabe o siente la otra persona: se reduce hablando con ella, observando lo que hace con el tiempo, preguntando. La baraja puede ayudarte a ordenar qué quieres preguntarle, no a sustituir la respuesta.
- La incertidumbre sobre el futuro de la relación: no hay datos que la cierren, ni los habrá. Ni tus cartas ni nadie pueden anunciar un porvenir que depende, entre otras cosas, de decisiones que aún no se han tomado.

Con la Justicia se ve bien el error típico. Es una figura sentada de frente, con corona cuadrada dorada, túnica roja y capa verde cerrada sobre el pecho con un broche rojo. En la mano que queda a la izquierda del lector sostiene una espada derecha, con la punta hacia arriba; de la mano de la derecha cuelgan los platillos de una balanza. Detrás hay una cortina de tono granate, y arriba, un fondo amarillo. Al ver la espada y la balanza, el lector entusiasta salta a la conclusión: «la Justicia dice quién tiene razón». Mira la carta: nadie más aparece en ella. No hay acusador, no hay acusado, no hay otra persona a la que juzgar. Hay una figura con dos instrumentos de medida, uno que corta y otro que compara. Lo que la imagen plantea es la idea de un criterio, no el nombre del culpable. Cuando la lectura afectiva usa la Justicia en la posición del dato que falta, lo que pregunta es: ¿qué hecho, comprobable por mí o dicho por la otra persona, resolvería esta duda? ¿Qué hay en la carta que sostenga que

decide un caso? Nada. Sostiene que existe una medida, y que conviene buscar la propia.

— Reformular —

Reformular no es rebajar la pregunta ni quitarle el filo que la hace valiosa. Es devolverle a la pregunta el sujeto que le corresponde para que pueda tener respuesta. Sigue estos cuatro pasos, que se ven mejor con un ejemplo. La pregunta de partida: «¿Está enamorada de otra persona?»

1. *Identifica el sujeto del verbo.* Aquí es «ella», la persona ausente, y el verbo es un estado interior («está enamorada»). Eso cae en el ámbito ajeno.
2. *Rescata lo que tú has visto.* Imagina que lo que te ha llevado a preguntarlo es que lleva dos semanas mirando el móvil durante la cena y sonriendo sin explicar por qué. Eso es observable y es tuyo: «He visto que en las dos últimas cenas ha mirado el móvil varias veces y no me ha dicho con quién hablaba».
3. *Escribe lo que te pasa a ti con eso.* «Me siento excluido o excluida, y empiezo a imaginar historias.» Esto es tuyo, y verdadero.
4. *Pon al final lo que puedes hacer.* «¿Qué quiero preguntarle, cómo se lo planteo y qué haré según lo que conteste?»

Resultado: «¿Qué me inquieta de lo que he visto en las dos últimas cenas, y cómo puedo preguntárselo sin acusar?» Esta pregunta puede responderse en cualquier lectura, porque todo lo que necesita está en ti, y su respuesta desemboca en una conversación posible. Si de ella sale que sí, que hay otra persona, lo averiguarás por quien sabe, y no por una carta.

Dos precauciones. La primera: la reformulación debe conservar lo que de verdad te inquieta. Si quien pregunta «¿me es fiel?» sustituye su duda por «¿qué quiero comer esta noche?», se ha escapado de la pregunta, no la ha reformulado. El miedo de fondo (perder confianza, quedarse solo, ser engañado) es legítimo y debe seguir en la mesa; lo que cambia es el sitio desde el que se mira. La segunda: una pregunta reformulada puede seguir sin tener una respuesta cómoda. Mirar lo propio también duele, y las cartas no están obligadas a ser amables. Que una lectura incomode no la invalida; que prometa lo que no puede saber, sí.

Para que el método quede a mano, aquí va una plantilla de una sola línea que puedes escribir en el cuaderno antes de barajar: «Lo que he visto es ...; lo que me pasa con eso es ...; lo que quiero saber o decidir es ...». Si la tercera parte empieza con «qué piensa» o «qué siente», vuelve al paso uno.

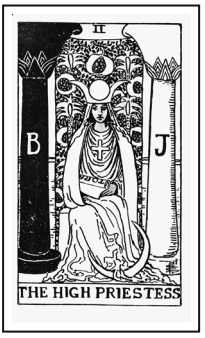
— La tirada «Qué preguntar» —

La tirada que acompaña este capítulo tiene cuatro posiciones y, a diferencia de otras que verás más adelante, está pensada para usarse antes de hacer la pregunta final: ordena el terreno. Puedes hacerla con tu propia baraja o seguir el ejemplo del libro, que usa estas cuatro cartas.

Qué preguntar: de lo vivido a la pregunta propia



1 · Mi experiencia



2 · Lo que supongo



3 · El dato que falta



4 · Mi pregunta

Se parte de lo vivido, se señala lo supuesto, se localiza el dato ausente y se termina en una pregunta que puedes responder tú.

Posición 1 · Mi experiencia (Dos de Copas). Se pone primero lo vivido, porque es el único terreno firme. La posición pregunta por lo que has dado y recibido en esta relación o situación, sin interpretar. El Dos de Copas, con sus dos figuras y sus dos copas que se tocan, sugiere al lector una pregunta de reciprocidad: ¿qué hemos intercambiado? Ojo con un error de lectura frecuente: las dos figuras de la carta no son «tú» y «la otra persona». Son dos figuras en un cuadro, y la posición es tuya, no suya. Lo que te sirve de la imagen es la pregunta por el intercambio, y la respuesta la pones tú desde tus recuerdos.

Posición 2 · Lo que supongo (Sacerdotisa). Aquí se apunta lo que has dado por cierto sin que conste. Se formula en primera persona («supongo») para que cada afirmación sobre el otro quede etiquetada como lo que es. La Sacerdotisa, con su rollo medio tapado, funciona de recordatorio: parte de lo escrito está fuera de la vista. No se usa para adivinar qué hay en el rollo, sino para anotar con cuidado cuáles de tus ideas son hipótesis.

Posición 3 · El dato que falta (Justicia). Esta posición pregunta qué hecho cambiaría tu lectura si lo conocieras, y quién puede aportarlo. La balanza y la espada

de la Justicia hablan de medida y de corte: aquí se mide lo que se sabe contra lo que se supone, y se separa lo comprobable de lo que no lo es. El dato casi siempre estará en manos de la otra persona o en una conversación pendiente. La carta no lo trae; lo señala.

Posición 4 · Mi pregunta (Ermitaño). Al final, la pregunta ya reformulada, la que te llevas a casa. El Ermitaño es una figura de barba blanca, con capa y capucha grises, de perfil y mirando hacia la izquierda del lector, sobre una cumbre nevada. Con el brazo levantado, el de la izquierda del lector, sostiene una linterna con luz; con la otra mano apoya en el suelo un bastón amarillo, largo y derecho. El fondo es de un gris azulado liso, sin otra figura. Para una pregunta afectiva, la imagen subraya lo que ya se ha dicho: la luz que lleva el Ermitaño ilumina el espacio de quien camina con ella. Ahí está el origen de la posición: la pregunta final se hace con luz propia y sobre terreno propio.

El orden no es casual. Se parte de lo vivido (1), se señala lo supuesto (2), se localiza el dato ausente (3) y se termina en una pregunta que puedes responder o decidir tú (4). Funciona como un embudo: lo amplio y confuso entra por arriba, la pregunta concreta sale por abajo.

Lee la tirada en dos pasadas. En la primera, mira solo las imágenes y apunta, por cada carta, qué se ve. En la segunda, relaciona esa imagen con tu situación y, cada vez que escribas algo, clasifícalo: *se ve*, *se infiere* o *no consta*. Verás que casi todo lo que traes de la otra persona cae en las dos últimas categorías; no es un fallo de la tirada, es su funcionamiento normal.

— Dos casos con las mismas cartas —

Los dos casos son ficticios y se presentan como ejemplos. Comparten situación y tirada; difieren en un único dato, que se señala al final.

Situación común. Hace unos cuatro meses, dos personas distintas, Marta y Hugo, conocieron cada una a alguien en un curso de cerámica. Cada una ha visto a esa persona seis veces. Durante las primeras semanas, la otra persona contestaba los mensajes en el mismo día; en las tres últimas semanas tarda dos o tres días. En la última cita todo fue agradable y la otra persona dijo que le gustaría verse «pronto», sin proponer fecha. Nadie ha hablado del ritmo. Las cartas son las mismas en los dos casos y en la misma posición: Dos de Copas, Sacerdotisa, Justicia, Ermitaño.

Caso A · Marta pregunta por sí misma. Marta formula: «¿Qué quiero yo de esta relación, dado el ritmo que se ha instalado, y qué voy a hacer?».

- *Mi experiencia (Dos de Copas).* Marta hace memoria y descubre que ha propuesto cuatro de los seis planes. El intercambio fue amable y por momentos equilibrado, pero la iniciativa ha recaído sobre ella. Eso *se ve* en su historial de mensajes; no es una impresión.
- *Lo que supongo (Sacerdotisa).* Marta escribe: «Supongo que se está echando atrás». Al ponerlo en esa posición, lo marca como suposición. Lo que *se infiere* es que el ritmo ha cambiado; lo que *no consta* es la razón. Podría ser trabajo, cansancio, otra relación en marcha o un periodo de poca energía.
- *El dato que falta (Justicia).* El dato es qué pasa del lado de la otra persona y qué quiere. Marta advierte que solo puede conseguirlo preguntando, y que la pregunta no tiene por qué ser una acusación: «He notado que contestas más despacio; ¿cómo estás con el ritmo al que vamos?».
- *Mi pregunta (Ermitaño).* La linterna ilumina lo que Marta puede ver desde donde camina: «Quiero saber si este ritmo me sirve; si no me sirve, pedir otro; y si no es posible, decidir si me quedo con menos o lo dejo».

Marta termina con tres cosas que puede comprobar o hacer: un hecho (propone cuatro de cada seis), una conversación concreta y una decisión con condiciones. Nada de eso depende de adivinar nada.

Caso B · Hugo pregunta por alguien ausente. Hugo formula: «¿Qué piensa Álex de mí, y por qué ha bajado el ritmo?». Es el único dato distinto: el asunto de la pregunta es lo que hay en la cabeza de una persona que no está.

Las cartas caen igual, y lo que ocurre es una sucesión de pequeños deslizamientos, uno por carta:

- El Dos de Copas se convierte en «Álex y yo». Las dos figuras pasan a ser un retrato de los dos, aunque la posición pide *mi* experiencia. Se pierde lo vivido (cuántas veces propuso él, qué le pareció cada cita) y se gana una escena idealizada.
- La Sacerdotisa se convierte en «Álex oculta algo». El rollo medio tapado pasa a ser un secreto de la otra persona, cuando en la tirada solo señala lo que Hugo supone. Hugo ha movido el misterio del lugar donde estaba (su ignorancia) a un lugar donde no consta nada (la intimidad de Álex).
- La Justicia se convierte en veredicto: «me debe una explicación». Se lee la balanza como si la carta hubiera juzgado el caso, y la espada como una sentencia. La imagen, como ya se vio, no trae a nadie más.

- El Ermitaño se convierte en la conducta de Álex: «se retira, se encierra». Se le asigna la linterna a la otra persona. Pero la posición es «mi pregunta», y quien camina con la luz es quien pregunta.

Cuatro lecturas, cuatro errores, y ninguna carta ha cambiado. Hugo sale con una historia más completa de lo que le pasa a Álex que de lo que le pasa a él, sin ningún dato nuevo y, es de suponer, con más inquietud que al empezar. La corrección empieza por devolver la pregunta a su sitio: «¿Qué me pasa a mí con la espera, qué sé de verdad y qué le voy a preguntar?». Con esa reformulación, la lectura de Hugo se parece a la de Marta, y entonces sí le sirve.

Qué cambia entre A y B. El único dato diferente es el asunto de la pregunta. En A, las cuatro cartas se leen sobre el terreno de quien pregunta y producen hechos, una conversación y una decisión. En B, las mismas cartas se leen sobre el terreno de otra persona y producen conjeturas sin consecuencias comprobables. No hay una lectura más «verdadera» en términos de adivinación; hay una lectura más útil, porque sus resultados se pueden verificar o decidir.

— Preguntas invasivas y cómo reformularlas —

La tabla recoge seis preguntas que se oyen mucho en las lecturas afectivas. Para cada una verás una reformulación en tu ámbito y el dato que, aun reformulada, seguirá faltando. Es esa tercera columna la que conviene mirar con atención: nos recuerda lo que la lectura no puede darte.

Pregunta invasiva	Reformulación propia	Dato que sigue faltando
«¿Piensa en mí cuando no estamos juntos?»	«¿Qué necesito yo en los días en que no hablamos, y qué puedo pedirle?»	Cuánto contacto quiere o puede mantener la otra persona.
«¿Le gusta más su compañera de trabajo que yo?»	«¿Qué me inquieta de cómo me cuenta su día y qué quiero preguntarle de forma directa?»	Qué lugar ocupa esa compañera en su vida, que solo puede contar quien lo vive.
«¿Me está poniendo a prueba?»	«¿Qué conductas concretas me hacen sentir examinado o examinada, y cuáles quiero poner sobre la mesa?»	Si hay intención detrás de esas conductas, o simple descuido.

Pregunta invasiva	Reformulación propia	Dato que sigue faltando
«¿Se ha enfriado por mi culpa?»	«¿Qué he cambiado yo en las últimas semanas, y qué cambio me ha dicho la otra persona que nota?»	Qué ha cambiado, para la otra persona, y a qué lo atribuye.
«¿Qué opina de mí su familia?»	«¿Qué trato quiero tener con su familia y qué puedo hacer yo para construirlo?»	Lo que opina esa familia, que solo ella puede decir.
«¿Mi amigo se ha alejado porque ya no le caigo bien?»	«¿Qué ha pasado desde la última vez que quedamos, y qué plan concreto puedo proponerle?»	El motivo real de la distancia, si lo hay.

Mira cómo se comportan las reformulaciones: ninguna elimina la inquietud, todas cambian de lugar el peso. En ninguna aparece una frase como «qué siente», y todas terminan en algo que puedes hacer o decir. La tercera columna es una lista de pendientes que solo se cierran con la palabra de otra persona.

— Ejercicios —

Ejercicio A

Reformula estas tres preguntas sobre la mente de otra persona siguiendo los cuatro pasos de la sección «Reformular»: «¿Cuándo me va a escribir?», «¿Está con alguien más?» y «¿Se arrepiente de lo que dijo la semana pasada?». Para cada una, escribe: lo que has visto, lo que te pasa con eso, la pregunta reformulada y el dato que seguirá faltando. Si alguna de las tres no se deja reformular, anota por qué.

Ejercicio B

Vuelve a los casos de Marta y Hugo. Con las mismas cuatro cartas, localiza el único dato que cambia entre A y B y descríbelo en una frase. Después elige una de las cuatro posiciones y explica con tus palabras cómo se desplaza su lectura de un caso al otro. Por último, reescribe la pregunta de Hugo de modo que pueda trabajar con su tirada sin atribuir nada a Álex. El criterio de corrección está al final del capítulo.

Lo que no podemos saber

Lo que otra persona piensa, siente o decide es privado hasta que ella decide compartirlo. Una lectura no es un acceso a esa intimidad y tampoco es una autorización para investigarla, vigilarla o presionarla. Tampoco puedes saber, con cartas, cómo terminará una relación, si alguien cambiará, o qué ocurrirá en una fecha concreta. Si una pregunta nace del miedo a una persona, o del deseo de controlarla, necesita una conversación con alguien de tu confianza o con una profesional o un profesional, no una baraja.

— Criterio de corrección —

Ejercicio A. Una buena reformulación cumple tres condiciones: el sujeto del verbo eres tú o es una conducta observable; no contiene ningún «qué siente» ni «qué piensa» camuflado; y termina en algo que puedes hacer o decir. Por ejemplo, «¿Cuándo me va a escribir?» puede pasar a «¿Cuánto tiempo estoy dispuesto o dispuesta a esperar sin saber nada y qué le voy a proponer?»; «¿Está con alguien más?» puede quedar como «¿Qué he visto que me haga dudar y cómo le planteo mi necesidad de saber a qué atenerme?»; «¿Se arrepiente de lo que dijo?» puede acercarse a «¿Qué me dolió de lo que dijo y qué quiero pedirle al respecto?». El dato que sigue faltando casi siempre es el estado de la otra persona (cuándo contestará, si hay alguien más, si lo lamenta); si tu respuesta no incluye una carencia de ese tipo, revisa si la reformulación no ha colado una certeza. Si alguna pregunta no se deja reformular, anota por qué: suele ocurrir cuando todo el interés está en el interior del otro, y entonces la salida honesta es conversar con él o ella.

Ejercicio B. El dato que cambia es el asunto de la pregunta: en A lo que se pregunta es lo que quiere y hará quien consulta; en B, lo que piensa otra persona ausente. En cuanto a la posición elegida, valen varias respuestas; por ejemplo, la Sacerdotisa pasa de señalar las suposiciones de Marta a convertirse en un secreto atribuido a Álex, o el Ermitaño pasa de ser la linterna de quien pregunta a ser la retirada de la otra persona. Una buena respuesta indica qué se ve en la carta (el rollo medio tapado, la linterna en la mano levantada) y qué se ha añadido sin que conste. La pregunta reescrita de Hugo debería parecerse a esta: «¿Qué me pasa a mí con la espera, qué sé de verdad de estas últimas semanas y qué le voy a proponer o a preguntar a Álex?». Si tu versión conserva una pregunta sobre lo que Álex piensa, vuelve a aplicar la plantilla de una línea.

Capítulo 2

Deseo y expectativas

Buena parte de lo que duele en un vínculo empieza como un deseo que nadie ha dicho en voz alta y una expectativa que nadie ha acordado. Este capítulo usa cuatro cartas para separar lo que quieres de lo que imaginas, ver qué tienes a mano para pedirlo y fijar dónde pones tu límite. La lectura termina en una frase que puedes decir a otra persona, no en una predicción sobre ella.

Al terminar este capítulo podrás

- distinguir un deseo de una expectativa, de una necesidad y de un límite, con un ejemplo de cada uno sacado de tu propia vida;
- leer en una tirada de cuatro cartas qué parte de lo que quieres ya has dicho y cuál sigues suponiendo;
- convertir «espero que lo note» en una petición formulada con palabras que la otra persona pueda aceptar, negociar o rechazar;
- marcar un límite sin usarlo como castigo ni como amenaza;
- comparar dos lecturas que usan las mismas cartas y señalar el único dato que las separa.

— Cuatro cartas, cuatro preguntas —

Conviene empezar por las palabras, porque en el amor se usan todas como sinónimos y no lo son. Un *deseo* es lo que quieres. Una *expectativa* es lo que das por hecho que va a ocurrir, lo hayas dicho o no. Una *necesidad* es aquello sin lo cual el vínculo te resulta difícil de sostener. Un *límite* es lo que dejarás de hacer o de aceptar si algo no cambia. Cuando las cuatro se mezclan, aparecen las frases de siempre: «si de verdad me quisiera, lo sabría», «no debería tener que pedirlo», «es lo mínimo». Cada una de ellas trata una expectativa privada como si fuera una norma común.

El tarot amoroso comercial suele saltarse este paso y va derecho a la pregunta que más vende: qué quiere la otra persona y cuándo va a dártelo. Esa pregunta tiene una desventaja práctica antes que ética: ninguna carta puede responderla, y mientras la haces dejas sin mirar la única parte del asunto que sí está a tu alcance, que es lo que tú quieres y lo que has dicho. Este capítulo trabaja esa parte.

La tirada reparte las cuatro palabras en cuatro cartas. Se colocan en una fila, de izquierda a derecha según las miras tú, y se leen en ese orden.

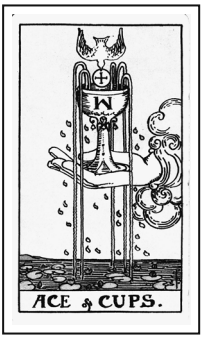
Deseo, expectativa, recurso y límite



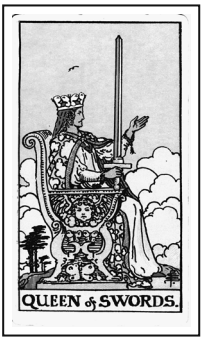
1 · Deseo



2 · Expectativa



3 · Recurso



4 · Límite

Cuatro cartas que hablan solo de quien pregunta: lo que quiere, lo que imagina, lo que tiene a mano para pedirlo y dónde termina lo que está dispuesto a dar.

La posición 1, «Deseo», pregunta qué quieres tú, no qué te convendría querer ni qué deberías querer. Va primero porque todo lo demás se mide contra ella: una expectativa solo es excesiva o razonable en relación con un deseo, y un límite solo tiene sentido si sabes qué estás protegiendo. La carta es *Los Enamorados* porque su escena permite preguntar por el deseo sin dar por sentado que sea compartido.

La posición 2, «Expectativa», pregunta qué espero que ocurra sin haberlo acordado con nadie. Es la posición más incómoda y por eso va en segundo lugar: nombrarla evita que se disfrace de deseo. Le corresponde el *Siete de Copas*, que reúne en una sola imagen muchas versiones posibles del futuro.

La posición 3, «Recurso», no pregunta qué te falta, sino qué tienes ya para pedir lo que quieres: palabras, una conversación anterior, una persona de confianza, un momento adecuado. Se formula así porque una lectura que solo enumera carencias acaba pareciendo un informe de daños, y de un informe de daños no sale ninguna frase útil. La carta es el *As de Copas*.

La posición 4, «Límite», pregunta dónde termina lo que estás dispuesto a dar o a esperar. Va la última a propósito: si se coloca antes, la lectura se convierte en una defensa preventiva y se levanta una frontera sin haber dicho siquiera qué se quiere. La carta es la *Reina de Espadas*.

Fíjate en lo que las cuatro posiciones tienen en común: ninguna habla de la otra persona. No hay una posición para «lo que él siente» ni para «lo que ella piensa». Hay un deseo tuyo, una expectativa tuya, un recurso tuyo y un límite tuyo. La otra persona entra en la lectura de un solo modo, como destinataria de una frase que tú

todavía no has dicho. Eso deja la tirada más corta y más utilizable, porque lo único que puedes cambiar al terminarla es tu parte de la conversación.

— Lo que deseo —

Mira la carta antes de leer lo que sigue, con la izquierda y la derecha según las ves tú.

Arriba, ocupando casi la mitad superior, hay una figura de frente, con alas rojas y una túnica morada, los brazos abiertos y alzados, y detrás un sol amarillo con rayos. Debajo hay dos figuras desnudas, dibujadas con la naturalidad de un grabado y sin ninguna insinuación, de pie y separadas por un espacio; entre ellas y la figura alada, una franja de nubes. La de la izquierda tiene el pelo largo y ondulado y levanta la vista hacia la figura alada. La de la derecha tiene el pelo corto y rizado y vuelve la cabeza hacia el centro de la carta. Las dos extienden una mano hacia ese centro, con la palma hacia abajo, y las manos no llegan a tocarse. Detrás de la figura de la izquierda hay un árbol con frutos rojos y una serpiente enroscada en el tronco; detrás de la de la derecha, otro árbol cuyas hojas tienen forma de llama. Al fondo, entre las dos, una montaña rosada.

Ninguna de las dos figuras mira al lector, y ninguna parece mirar a los ojos de la otra. Eso es lo que se ve. Lo que se infiere, y conviene decir que es una inferencia, es que cada una llega a la escena con su propio fondo: su árbol, su historia, lo que tiene detrás. Lo que no consta es que se hayan elegido, que se quieran o que deseen lo mismo. La carta tiene fama de ser la del amor correspondido; a mi juicio, lo que muestra con más claridad es una distancia con algo grande por encima y dos personas que todavía no han resuelto cómo mirarse.

Para una lectura sobre el deseo, esa distancia es útil. Te recuerda que tu deseo, por intenso que sea, tiene un lugar propio y que la otra persona tiene el suyo, con su árbol detrás. Antes de preguntar si coinciden hay que saber qué es lo tuyo, y eso exige un trabajo menos romántico de lo que parece: ponerlo en una frase con sujeto. «Quiero vivir con alguien» sirve, pero «quiero que alguien me esté esperando al volver» dice otra cosa. «Quiero más tiempo con mi hermana» y «quiero que mi hermana me llame más» parecen lo mismo hasta que se intenta pedir cada una.

Conviene separar tres capas, que casi siempre aparecen mezcladas. La primera es lo que quieres de verdad, aquello que notarías en el cuerpo si lo tuvieras. La segunda, lo que crees que deberías querer porque lo quiere tu entorno o porque se considera normal a tu edad o en tu situación. La tercera, lo que te gustaría querer porque te parecería más cómodo, más moderno o más sensato. Una persona puede querer de

verdad pasar los domingos sin planes, creer que debería querer comidas familiares y desear querer menos a alguien que le hace daño. Las tres capas sirven como material de lectura, pero solo la primera sostiene una petición.

Los deseos también pueden contradecirse sin que nadie esté mintiendo. Querer cercanía y querer espacio, querer una relación estable y no querer sentirte atada, querer que alguien se comprometa y no estar segura de querer lo mismo tú: son combinaciones corrientes. La carta no las resuelve, pero la escena las admite: dos figuras separadas bajo un mismo cielo.

Un deseo, además, no tiene por qué ser de pareja. Quien lee para una amistad o para su familia hace la misma operación: «quiero que mi amigo me cuente las cosas antes de que se sepan por otros», «quiero que mi padre deje de opinar sobre mi trabajo en las comidas». Son deseos concretos, con un destinatario posible y una forma reconocible. La pregunta de la posición 1 los recoge todos.

¿Qué hay en la carta que sostenga esto? La separación visible entre las dos figuras y los fondos distintos detrás de cada una: la escena pone el deseo de cada cual en su sitio antes de pedirle que coincida con el de nadie.

— El ideal —

Abre ahora el *Siete de Copas*. Abajo a la izquierda hay una silueta negra, vista de espaldas, sin rostro, con un brazo extendido y la mano abierta hacia delante. Frente a ella flotan siete copas doradas entre nubes grises, sobre un cielo azul claro. Cada copa contiene algo distinto: arriba a la izquierda, una cabeza humana de pelo rizado; arriba, en el centro, una figura cubierta con un paño blanco y rodeada de un resplandor rojo; arriba a la derecha, una serpiente que se alza de la copa; a la izquierda, a media altura, una torre o castillo azul; en el centro, un montón de joyas y perlas con una cadena; a la derecha del centro, una corona de laurel sobre una copa marcada con lo que parece una calavera; y a la derecha, un dragón verdoso.

Aquí también hay que separar lo visto de lo inferido. Se ve a una figura de espaldas frente a siete posibilidades, y no se ve a nadie elegir: la mano está extendida, no ha cogido ninguna. Se infiere que las copas son imágenes imaginadas, porque flotan sobre nubes y cada una contiene un objeto en lugar de una bebida. No consta qué significa cada una; esa tabla de correspondencias la han propuesto muchos autores y ninguna aparece en la carta.

Para una lectura sobre expectativas, la carta funciona como un catálogo de futuros imaginados. Algunos son luminosos —el castillo, las joyas, el laurel—; otros,

inquietantes —la serpiente, el dragón, la calavera—; y alguno es simplemente extraño, como la figura cubierta. Importa este último punto: las expectativas incluyen tanto ilusiones brillantes como miedos escritos con tanto detalle que parecen un plan. Quien espera que su pareja «seguro que se cansa», o que su amiga «acabará yéndose», sostiene una copa con dragón tan imaginada como la del castillo.

Una forma útil de usar la carta es hacer tu propia lista de siete copas. Escribe siete cosas que esperas de un vínculo concreto sin haberlas hablado con nadie: «que me llame cuando llegue», «que se acuerde de mi cumpleaños», «que no me presente como su amiga», «que entienda por qué hoy no quiero hablar», «que no se enfade si me voy antes de la fiesta», «que algún día vivamos en la misma ciudad», «que no me deje por otra persona». Después marca cada una con una de tres señales: dicha, insinuada o callada. La mayoría suele quedar en las dos últimas, y esa proporción es el verdadero resultado de la lectura.

Una expectativa no es un defecto. Es imposible vincularse con alguien sin esperar algo. El problema aparece cuando una expectativa lleva una obligación para otra persona que no sabe que existe. Entonces el incumplimiento se vive como una falta, y la persona que falta no ha tenido ninguna ocasión de aceptar o de rechazar el compromiso. «Esperaba que me avisaras» y «me habías prometido que me avisarías» son frases distintas, y casi todos los reproches de pareja usan la segunda cuando solo hay base para la primera.

El tarot comercial gusta de estas copas porque cada una puede leerse como pronóstico: el castillo es la casa, el dragón es una rival, la serpiente es una traición. Esa lectura convierte la carta en un horóscopo con dibujos y no resiste una pregunta elemental: ¿en qué parte de la imagen consta que el dragón sea una persona concreta? En ninguna. Lo que consta son siete cosas que alguien imagina, y la pregunta honesta de la posición 2 es cuáles de esas siete has imaginado tú y cuáles te han dicho.

¿Qué hay en la carta que sostenga esto? Una figura de espaldas, una mano abierta que no ha cogido nada y siete contenidos que flotan sobre nubes.

— La necesidad dicha en voz alta —

Mira el *As de Copas*. Desde una nube, a la derecha, sale una mano abierta con la palma hacia arriba que sostiene una copa dorada con una marca en forma de letra en el cuerpo, que recuerda a una M vuelta del revés. Encima, una paloma blanca baja con un pequeño disco con una cruz en el pico. De la copa caen varios chorros finos